

MONUMENTO
DEDICADO Á COLÓN Y LOS PINZONES
POR LOS ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS
DE NUEVA YORK



LA buena amistad é ilustrado celo por las glorias patrias, del cónsul general de España en la capital de los Estados Unidos, D. Arturo Baldasano y Topete, debemos el poder ofrecer á nuestros lectores las primeras noticias y el primer diseño que han llegado á nuestro País, del admirable monumento con que todos los españoles de nacionalidad ó de raza, van á perpetuar en el gran Parque de Nueva York el recuerdo del acontecimiento más grande

que conserva la historia de la Humanidad, y que tuvieron la gloria de llevar á término los siempre alentados hijos de nuestra patria.

Con un patriotismo laudable, pero que no debe rebasar los límites de la justicia, se ha levantado mucho en estos últimos tiempos la memoria de los españoles compañeros de Colón, y al hacerlo ha podido haber quien crea que se intentaba rebajar la altura de este grande hombre; pero ni tal pensamiento pudo ser el de los enalte-

¹ Copiada de un antiguo códice.

cedores de los hermanos Pinzón, ni á nadie ocurrir podía que por grande que fuese la gloria de éstos, habría de oscurecer la del inmortal Almirante. Aunque los hechos de aquellos esforzados é intrépidos marinos de Palos fuesen tales como lo son, que merecieran las más encomiásticas alabanzas, siempre pudiera decirse á los que pretendieran levantarlos sobre la gloria inmarcesible de Colón, aquella célebre frase de nuestro insigne fabulista:

De tantas invenciones peregrinas
gracias á quien nos trajo las gallinas.

Sin Colón, no hubiera habido Pinzones, ni Juan Pérez, ni Marchena, ni Marquesa de Moya, ni Santángel, ni Quintanilla, ni la misma Isabel la Católica, con ser tan grande la parte que le toca en el descubrimiento del Nuevo Mundo, ni los demás personajes de este inmenso poema de la Humanidad, en lo que á su gloriosa existencia se refiere, como eficaces cooperadores de la gigantesca epopeya. Hubieran pasado inadvertidos sus nombres ó hubiéranse conservado algunos enlazados á otros acontecimientos gloriosos también, pero incomparablemente de mucha menor importancia que el que ahora se conmemora en su cuarto centenario. Colón fué el foco luminoso de aquellos radiantes planetas de diversa magnitud que le rodearon, que en lo que al Descubrimiento de América se refiere, no hubieran reflejado la luz de la gloria, si no hubiera brotado su resplandor inmenso de aquella gran idea casi adivinada por el genio, fortalecida por el estudio, sostenida por la fe y la esperanza, y realizada al cabo por la Providencia.

No hay que escatimar la parte de gloria que á todos toca, pues tan grande es el suceso que á todos llega; pero no hay que rebajar en un ápice la principalísima parte que á Colón corresponde. En aquel viaje verdaderamente inmortal, que no tiene ni tendrá compañero en la historia, los hermanos Pinzón, lo mismo Martín Alonso que Vicente Yáñez, capitanes de *La Pinta* y *La Niña*, fueron los que más inmediatamente contribuyeron á la realización de la marítima empresa, y al enaltecer al Almirante no debían olvidarse sus nombres; pero tampoco debe olvidarse que si ellos fueron el brazo, Colón fué el pensamiento, y que al presentar agrupadas estas tres figuras, siempre ha de corresponder lugar preeminente al Almirante, como siempre se eleva dominante sobre el cuerpo humano la cabeza, centro de la vida y de la inteligencia.

El monumento proyectado por los españoles de Nueva York responde á este pensamiento. Sobre una sección de la superficie del globo, indicando el punto de la tierra que se acababa de descubrir, levántase un grupo de admirable composición y modelado. Tres figuras lo componen. La una en el centro, con la mano empuñando la cruz de su espada sobre el corazón, símbolo de la fe religiosa y caballeresca que le animaba, y con la cabeza y la vista elevados al cielo, en actitud de profundísimo reconocimiento por la realización de sus soñadas esperanzas. En aquel personaje, no

causa el hallazgo de la tierra sorpresa, porque para él la convicción de que existía era tan profunda, que puede decirse la llevaba siempre consigo; le causa inmensa alegría el encontrarla, como la tiene el desterrado que vuelve á su patria, porque para Colón su patria era la tierra que constantemente veía á la luz de su genio, y de la que se creía desterrado en su larga y penosa peregrinación para conseguirla. Por eso su primer movimiento no es de sorpresa sino de gratitud al Dios que le dió fuerzas para sufrir tantas contrariedades, y que premiaba su inquebrantable esperanza, conduciéndole á aquellas hermosas tierras ocultas hasta entonces á las miradas de los hombres por las brumas de los mares.

Pero al lado del hombre-pensamiento y como *apoyados en él porque sin él no hubieran llegado á aquel supremo instante*, están los Pinzones, los dos, porque no hay razón para haber enaltecido tanto á Martín, dejando casi en el olvido á Vicente, expresando en sus rostros y en su actitud, la admiración, la sorpresa, la alegría, todos los sentimientos humanos que debieran embargarles en aquellos momentos, en que veían realizado el pensamiento del hombre superior á quien no sólo comprendieron, sino á quien tuvieron el valor de seguir con una heroicidad y una grandeza de ánimo que no hay palabras suficientes para encarecer, abandonando las más caras afecciones de su corazón, y exponiendo en la empresa su hacienda y sus vidas. Aquellos capitanes españoles que estuvieron al lado de Colón en la lucha con lo desconocido, y cuyo arrojo imponderable era más grande porque no tenía por base el profundo estudio que había robustecido el pensamiento de Colón, á su lado deben estar también en la memoria de los hombres y en los mármoles y bronces que perpetúen el recuerdo del Descubrimiento.

Felicísima ha sido la idea que ha presidido al monumento proyectado por los españoles en Nueva York, y admirable su realización como composición artística. El grupo perfectamente modelado es de ese verdadero realismo que tanto distinguió siempre á los artistas españoles, en que la realidad sirve de apropiada expresión al espiritual pensamiento del artista, realismo que tanto dista del antipático naturalismo como la luz de las tinieblas.

En la composición cuyo dibujo ofrecemos á nuestros lectores, hasta las figuras que hay á los extremos de la fuente en cuyo centro se levanta el grupo de los descubridores, están en armonía con el pensamiento generador de la obra, por representar las ninfas de los hasta entonces desconocidos mares, que miran sorprendidas sobre monstruos marinos á aquellos intrépidos navegantes, que osaron los primeros romper el velo misterioso tras del que se ocultaba el que con razón se llamó más adelante un Nuevo Mundo.

El Sr. Baldasano y Topete, al remitirnos el dibujo que acompaña á estas líneas (admirablemente reproducido por el Sr. Laporta) nos ofrece enviarnos también un artículo acerca de tan admirable monumento, que revelará siempre al mundo cómo saben los españoles de nación ó de raza pagar debido tributo á los grandes hombres, agrupándolos, como la justicia pide, pero sin rebajar por ello la grandeza de uno,

para que resalte la de los otros, dando á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Esperamos, pues, el artículo, que nos apresuraremos á insertar en las columnas de la REVISTA, para mayor y mejor conocimiento de cuanto se refiera á obra artística de tanta importancia.

Madrid, 22 de Mayo de 1892.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO



